

berá fijar su atención mucho en las alteraciones sufridas desde la cueva de Montserrat y el convento de Manresa hasta su llegada y residencia en París. Al comienzo de su errante caballería no contaba con las dificultades del mundo, creyéndolas fácilmente superables por una voluntad férrea encaminada directamente al bien, y por un auxilio pródigo de la Divinidad, jamás de los suyos olvidada. Así dábese á errar desde las provincias vascas á las riberas catalanas, desde las riberas catalanas á las riberas adriáticas, desde las riberas adriáticas á Chipre, desde Chipre á Jafa, desde Jafa á Jerusalem, sin curarse ni del abrigo, ni del techo, ni del alimento, ni de ninguna humana cosa: que quien facilita sus granos al ave y sus filamentos al árbol puede y debe sustentar y vestir en su misericordia incomparable al pobre peregrino. Mas luego el hambre, la enfermedad, la miseria, los odios y asechanzas de tantos enemigos, las desgracias innumerables, le advirtieron que necesitaba tratar de otra suerte al mundo y venir con él á una especie de saludable transacción generadora de una firme concordia. Ya para ir á París, allegó libros, como hemos visto, y á mas de libros algunos pecuniarios auxilios. Bien es verdad que confió estos á un amigo, el cual alegremente los dispendió en los placeres propios de las inquietas mocedades. Mas la previsión y el ahorro demuestran un radical cambio de proceder y de conducta. Sin dejar nunca de pedir limosna, porque á tal ejercicio estaba por sus votos obligado, ya recorría en cartas á sus correligionarios de aquende el Pirineo; ya se iba de colecta con gran zurrón apercebido á las provisiones hácia Flandes donde contaba muchos ricos valedores; ya con alguna consideración atendía de suyo al nombre y al honor de todos aquellos á quienes congregaba; ya evadía los castigos y las prisiones; ya sacaba testimonios de su limpieza moral y de su ortodoxa doctrina, mostrando con todo esto no parecerle cosas tan despreciables y baladíes las cosas de este mundo.

Un ejemplo lo mostrará mas vivamente. Había persuadido Ignacio á muchos de sus condiscípulos, atento auditorio de sus sermones, á que cambiasen los sensuales deleites propios de la vida estudiantil por los austeros ejercicios de una vida piadosa. Como estos cambios no se operan sino merced á exaltaciones súbitas, los conversos, no solo daban de mano al goce y deleite, sino también al estudio y al deber. Usábase ya en la Sorbona de París consagrar

algunas horas de los días festivos á recreaciones literarias, no exentas de fatiga, y merecedoras de considerarse como un verdadero trabajo. Dolíale al santo esta derogación de los preceptos eclesiásticos; y trataba de remediarla, ganando adeptos á sus espirituales ejercicios, los cuales suponían irremisible ausencia de las antes concurridas cátedras. Sucedia esto en el colegio de Santa Bárbara, y al tiempo que cursaba nuestro compatriota los años de filosofía. Naturalmente, los catedráticos, acostumbrados de antiguo á estas prácticas dominicales, muy gustosas para ellos y muy necesarias para sus alumnos, conjuraron al predicador austero, cuya severísima palabra las tachaba de irreligiosas, á que no se entrometiese con oficiosidad en las vidas ajenas, y no desasosegase con sus mal avisados consejos el buen natural de los aprovechados estudiantes. Nada consiguió el catedrático de la tenacidad propia del penitente. Aunque tres veces le conminara, las tres veces halló el mismo estóico desden. Ya no podía sufrirlo mas tiempo el maestro abandonado de sus mejores discípulos y herido en su vanidad literaria. Por tanto, recurrió al rector Diego de Govea, y le dijo y expuso la gravedad del caso. El rector aconsejó al maestro que amenazara con una carrera de baquetas ó azotes al desventurado embaucador, si continuaba desviando de sus estudios á los incautos estudiantes. Así lo hizo el desdeñado maestro, pero inútilmente. Uno de los sobresalientes, y mas aprovechados escolares castellanos, conocido con el nombre de Amador, no solo dejó por consejo de Loyola el ejercicio dominical, sino el estudio todo y el colegio. Tal determinación irritó á la totalidad de los profesores, muy dolidos de aquel tristísimo caso, en cuya virtud se despoblaban los colegios científicos para poblarse las soledades ascéticas. Precisaba, pues, un ejemplar castigo, y decidieron aplicarle una sala, apellido dado á cierta manera de ruidosa expiación, la cual consistía en cerrar las puertas del edificio, reunir todos los estudiantes en espacioso salón, y desnudando de medio cuerpo arriba, después de haberlo escarnecido y vejado, al reo, darle por mano de todos los profesores sin excepción una carrera de azotes. Tal espectáculo, no solamente ofendía en su cuerpo al castigado, sino le ofendía en su honra también. Estudiante que, por alborotador ó por desaplicado, llevaba tal sello, parecíase al hombre marcado con el hierro candente de los antiguos presidios. Así los correligionarios y condiscípulos de

Ignacio, sabedores del mucho riesgo que corria su honor en aquel tremendo espectáculo, movieronle á que lo conjurase de alguna manera. El tañido de la campana colegial, el tumultuoso concurso de todos los estudiantes y de todos los noveleros atraidos por la curiosidad, la presencia de los maestros con sus varas, el despojo de las vestiduras y el terrible vapuleo bastaban para que además del dolor pasajero quedase por toda su vida en el vapuleado la mácula de una indeleble deshonra. En otro tiempo Ignacio corriera desalado al peligro, y lo aceptara como una visita del cielo. Pero entonces dióse tal traza, que conjuró el castigo y evitó el ultraje, consiguiendo hasta la humillacion pública de cuantos habian querido á él humillarle.

Hemos contado con espacio todo esto, para que se vea cómo iba uniéndose á la doctrina de Ignacio, cierto carácter práctico y mundano. Indudablemente de tal trasformacion data la doble naturaleza del jesuitismo, doctrina mística si las hay, al par de doctrina mundanal y cortesana. Los piadosos biógrafos de Ignacio, refieren con detenimiento que á cada grande dificultad de su vida, solia poner una condicion al vastísimo plan y proyecto de su compañía, pensado diariamente con una pasmosa premeditacion y un cuidado de las minucias y detalles, verdaderamente increíble. Lo cierto es que las circunstancias exteriores influyen con soberano influjo en una doctrina, la cual se fia por completo de la fuerza, de la organizacion, de lo externo, antes que del ideal. Así la herida de Pamplona le mueve, los libros piadosos le inclinan, el monasterio de Montserrat le exalta, las penitencias de Manresa le fanatizan, la presencia en Jerusalem le enloquece; y llega, subiendo los peldaños de tan mística escala, como á convertirse, por su idealismo, en una especie de sér angélico, superior á las necesidades humanas y compuesto del éter celestial; mas luego, la inquisicion de Toledo, la cárcel de Alcalá, el provisor de Salamanca, la pesada cadena de su cautiverio, el redomado secuestro en el cenobio de San Estéban, las afrentas del mundo, la prohibicion de predicar á los fieles, el viaje á Francia, el comercio con las gentes de Paris, el método de los estudios, el esfuerzo de los trabajos, le curan de la intuicion sobrenatural, de las inspiraciones súbitas, de los éxtasis ó deliquios y le obligan á un pacto con el mundo. Así explicará la historia en definitiva la doble naturaleza mística y mundana del célebre jesuitismo.

CAPITULO II

FUNDACION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

En la trasformacion de su doctrina y de su carácter, Ignacio comenzó á comprender que nada de provecho haria, sino asociándose con fieles y entusiastas compañeros. Ya en España, comenzó á pensar así, resuelto á reunirlos y allegarlos; pero la saña de las persecuciones contrastaron su determinacion. Deshicieronse aquellos gérmenes primitivos en tal manera, que Ignacio desde Paris recomendó á doña Leonor de Mascareñas, señora, como hemos visto, de valimiento, para que pudiesen respirar los dos ó tres cofrades suyos, imposibilitados de seguirle al extranjero, y considerados en el concepto general como adeptos de la idea iluminista, entonces, por todas partes y por todo el mundo perseguida en nuestra opresa España. La Providencia le deparó en Paris lo que no habia podido hallar entre nosotros, cierta libertad de pensamiento, cierto respiro para congregar correligionarios ó discípulos, y un número de estos, corto por su cantidad, pero largo y crecido por sus virtudes y por su ciencia.

Los dos primeros amigos y correligionarios del penitente, los mas fieles á su persona, los mas ardorosos en la profesion de su doctrina, fueron el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier. Mozos de corazon y de ingenio, la novedad del pensamiento les cautivó la inteligencia, y la vida del santo les rindió el albedrío. Pero Fabro solamente se inscribió por entonces en los proyectos de Ignacio, enajenándose de su propia persona y de su propio pensamiento, para pasar y absorberse, diríamos, en la persona de Ignacio. Fabro, mucho mas instruido que este, tomábale las lecciones con